

Artesanía y comercio

Aunque la actual proliferación de establecimientos comerciales más o menos amplios, de tipo autoservicio, ayuden a inferir otra cosa, creemos que en una publicación dedicada al comercio tiene perfecta cabida el tema de la artesanía. La artesanía, que después de un dilatado proceso evolutivo embocó, en parte al menos, en el maquinismo, se ha desarrollado en estrecho nexo con el comercio. Basta que hurguemos un poco en algunos de los objetos que entre nosotros han sido materia de transacción comercial, para que nos conduzcan al umbral del taller del artesano.

Como en algunos casos nos es dado todavía contemplar, este camino a recorrer entre la tienda, con el artículo presto para la venta, y el sencillo taller donde se ha elaborado, forjado o confeccionado el producto, no es largo. Con frecuencia se encuentran bajo el mismo techo, separados ambos por un tramo de contados metros. En la parte posterior de la conocida tienda se encontraba, o se halla, el no menos nombrado y familiar taller o trastienda.

Como supervivientes de un tiempo en el cual se conjugaban en una misma mano la venta y la fabricación, contamos todavía con algunos establecimientos comerciales, los más de ellos ubicados en la aldea de carácter rural.

El pequeño comercio mixto de estos pueblos no cabe duda que encierra un encanto particular. Esas tiendas, algunas de ellas atendidas por el dueño que lleva amarillento guardapolvo con botonadura a la espalda, son añeja reminiscencia de una época comercial pretérita. Estos modestos establecimientos mercantiles son acogedores y, en un ambiente de calor humano, en ellos las operaciones de compraventa se cuentan todavía por reales.

En contra de lo que algunos puedan imaginar, estos comercios se encuentran bien surtidos. En simpático desorden se ven los artículos más heterogéneos. Junto al alimento para alguna ave en cautiverio, en cruel paradoja, el cepo de hierro, forjado a mano, para atrapar con alevosía al confiado pajarito que, inocente de su suerte, revolotea de rama en rama mientras disfruta de su congénita libertad.

Si nos remontáramos unos años atrás, allá a los albores de siglo, veríamos las sábanas y camisas de lino confeccionadas en una de aquellas industrias indígenas por el tejedor o *eule*, artesano de tanta importancia en la vida de nuestro pueblo. Asimismo, los calcetines de lana que se exhibían para la venta nos asociaban a la labor de la hilandera casera. A la hilandera del huso y la tortera.

Del claveteado techo pendían las rústicas abarcas de cuero, y en uno de los anaqueles reparábamos en las alpargatas, ordenadas por sus respectivos números. Este calzado nos denunciaba que no estaban lejos la lezna y el banco alpargatero de plano inclinado.

Al lado del humilde muestrario de trabajos de alfarería, artículos indispensables en estas tiendas eran también las bermejas ceras enroscadas y las algo ya descoloridas velas. Se vendían con destino a la sepultura de la iglesia, donde, rindiendo culto secular se encendían en sufragio de los difuntos.

Y con las ceras y las velas evocamos el taller de cerería, contiguo a la tienda. El cerero que, con paciencia y lentamente, comenzaría por dar un primer baño de cera al pabilo y continuaría repitiendo la misma operación hasta que el cirio alcanzara el grosor deseado. Al cerero que, previo colocado de la paila con cera derretida, en el centro del local y entre dos taboques de madera, se dedica a la tarea de hacer la cerilla. Cerilla que más tarde será arrollada en una artística y artesana tablilla o *argizaiola*.

Y, sin apartarnos demasiado de estos comercios mixtos, nos detenemos en aquellas confiterías de nuestros pueblos, veremos que las mismas fueron escuela de buena ley en el campo de la artesanía. Uno recuerda con particular cariño las antañonas confiterías de pueblo, precursoras, muchas de ellas, de las actuales y modernas industrias pasteleras. Eran confiterías que no dejaban de atender a algún renglón de comestibles.

Las encaladas paredes de estos talleres se hallaban ornadas por rica colección de utilitarios cazos de cobre. En aquellos obradores, el artesano confitero, con frecuencia fiel a la legada fórmula de trabajo, se acreditaría en la elaboración de alguna especialidad de su vasta producción.

El confitero contaba, asimismo, con el grueso mármol sobre el cual vertía el caramelo en elaboración. Este artesano elaboraba también los azucarillos, *bolados* o *espojak*. Para ello contaba con un largo armazón de dos maderas unidas por medio de unos alambres que iban cubiertos con papel de barba, al que se daba la forma que luego había de tener el *bolado* o azucarillo. Este azucarillo, hoy casi desaparecido, de línea aplatanada y de suave gusto a limón, disuelto en agua era el refresco de mucha aceptación, antes de la irrupción en el mercado de tanta bebida exótica. Y así podríamos continuar ocupándonos de la artesanía, de distinto signo, que del taller iba al puesto de venta. Pero éste no es nuestro cometido de hoy. Sólo hemos querido recordar que la artesanía y el comercio, si bien hoy por imperativo de los tiempos se han dissociado bastante, han llegado a nosotros previo recorrido de un largo camino unidos e identificados.



Artesanía y comercio / Juan Garmendia Larrañaga. -
En : *Mercurio. Boletín de la Federación Sindical de Comercio*. - San Sebastián : Ediciones y Publicaciones Populares. - (mayo-jun. 1970),
p. 47-48. - OC. T. 2, p. 537-539